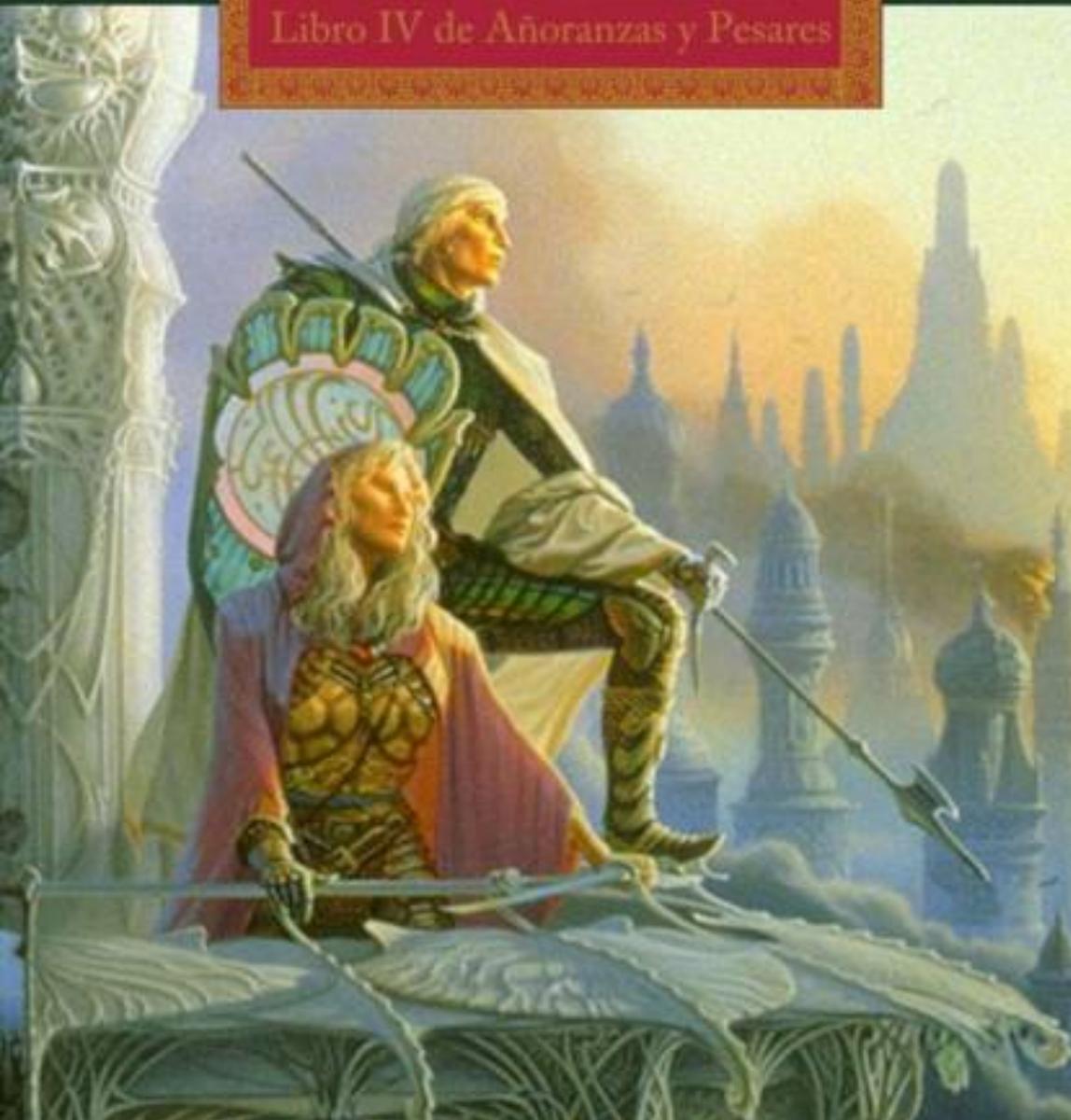


LA TORRE DEL ANGEL VERDE

Tad Williams

Libro IV de Añoranzas y Pesares



Mientras los malvados secuaces del Rey de la Tormenta se preparan para llevar a cabo la culminación de sus negras artes de magia y el rey Elías se hunde cada vez más en ese tenebroso mundo de pesadilla, los fieles aliados del príncipe Josua luchan desesperadamente para reunir sus fuerzas.

Por su parte, algunos miembros de la desbaratada Alianza del Pergamino se congregan para intentar descubrir misterios de un pasado ya olvidado. Porque si la Liga consigue revelar antiguos secretos de la magia, enterrados bajo el polvo de los siglos, quizá sea posible dar a conocer a Josua y sus hombres los únicos medios de derrotar a un enemigo de otro modo indestructible.

Sin embargo, el éxito o el fracaso de la Liga en esta empresa no libera del enfrentamiento a los valientes seguidores de Josua *el Manco*, que deben surcar mares tempestuosos infestados de sanguinarios kilpas, internarse en bosques donde se ocultan mentes y espíritus atormentados, descender a remotas cavernas construidas por los legendarios dwarrows y abrirse camino hasta las fantasmagóricas estancias de Asu'a, la más imponente fortaleza sitha.

La Torre del Ángel Verde es el formidable final de esta magna historia que, plena de guerras, engaños, aventuras, brujerías y amor, llega a un sorprendente desenlace. En ella, el poder de la magia es capaz de quebrantar el orden del tiempo y el espacio, y tanto los humanos como los sitha se vuelven en contra de sus propios congéneres.

Muchas son las personas que aportaron su ayuda a estas obras, desde las sugerencias y el apoyo moral hasta unos cruciales conocimientos de logística. Eva Cumming, Nancy Deming-Williams, Arthur Ross Evans, Andrew Harris, Paul Hudspeth, Peter Stampfel, Doug Werner, Michael Whelan, el amable equipo de DAW Books y todos mis amigos de GENIE® constituyen sólo una pequeña muestra de quienes me ayudaron a terminar *La Historia Que Por Poco Acaba Conmigo*.

Mi especial agradecimiento es para Mary Frey, que hizo un tremendo acopio de energía y de tiempo para leer y —a falta de una expresión mejor— analizar el monstruoso original. Fue ella quien me estimuló cuando yo de veras lo necesitaba.

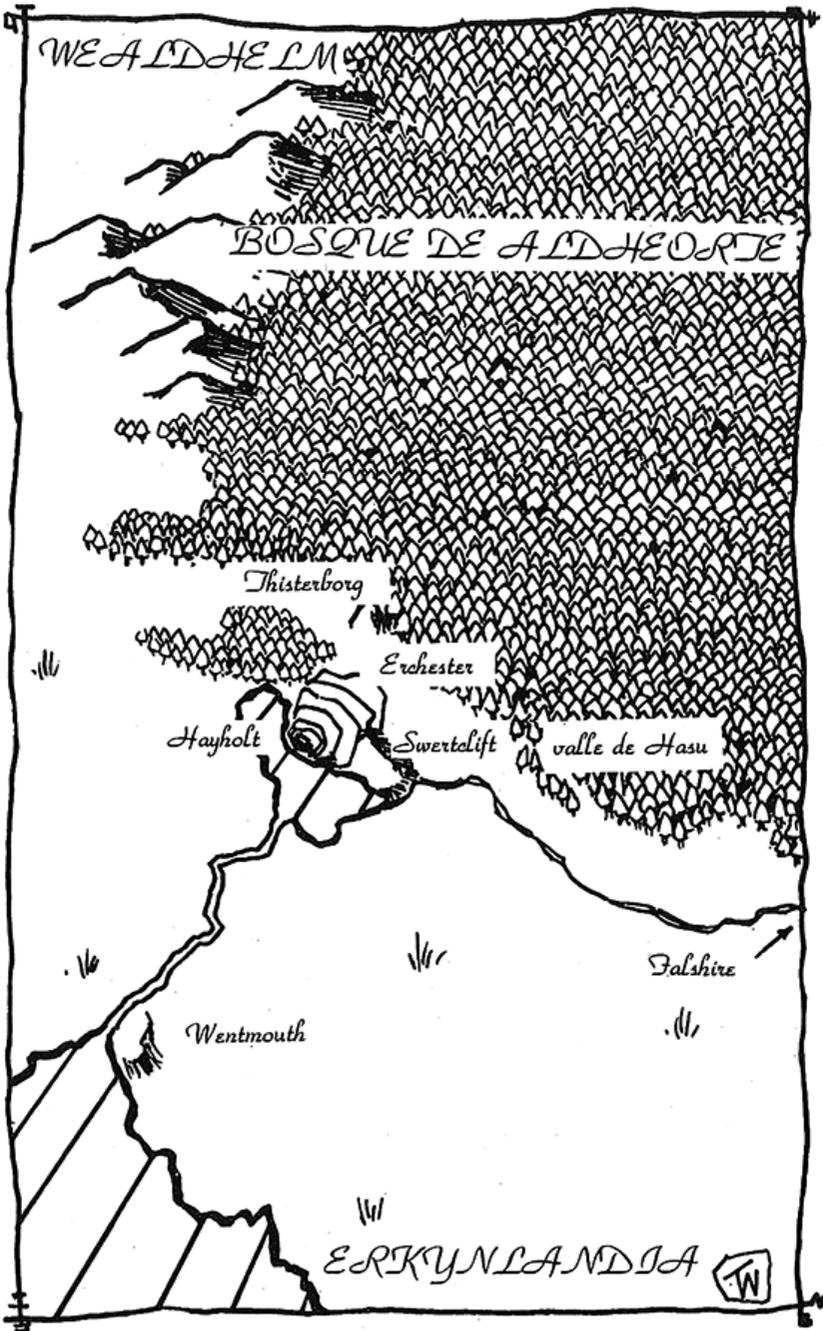
Y, desde luego, las contribuciones de mis editores, Sheila Gilbert y Betsy Wollheim, son de un valor incalculable. El gran interés demostrado es... culpa suya, y aquí tienen, por fin, su bien merecido castigo.

Mis más cordiales gracias a todos los mencionados y a todos los demás amigos e incondicionales a los que, aunque no los nombre, no dejo de recordar.

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario y una guía de pronunciación.

Primera parte

La rueda



01

Lágrimas y humo

La desnudez desarbolada del Alto Thrithing le resultaba opresiva; Kwanitupul también le era ajena, pero la había frecuentado desde la infancia y sus ruinosos edificios y abundantes canales le recordaban, un poco al menos, a su hogar de los pantanos. Incluso en Perdruin, donde había pasado un exilio largo y solitario, proliferaban tanto las murallas constrictivas y las veredas angostas, cuajadas de sombríos escondrijos e impregnadas de olor a salitre, que Tiamak había logrado vivir con sus añoranzas. Pero allí en las praderas se sentía absolutamente expuesto y fuera de lugar, y la sensación no era agradable.

«Los Que Vigilan Y Dan Forma me han concedido una vida verdaderamente singular —solía decirse—; la más singular, quizá, de entre todos los míos desde que Nuobdig se casó con la Hermana de Fuego».

A veces se solazaba en ese pensamiento; al fin y al cabo, haber sido escogido para acontecimientos tan extraordinarios era una especie de recompensa por los años de incompreensión que su propio pueblo y los perdruineses le habían demostrado. No lo habían entendido, lógicamente, porque era especial; ¿qué otro wran sabía hablar y escribir las lenguas de las tierras secas como él? No obstante, en los últimos días, rodeado de extraños una vez más y sin saber lo que había sucedido a su pueblo, ese mismo pensamiento lo llenaba de soledad; en esos momentos, cuando el vacío de los ajenos paisajes norteños lo desbordaba, ba-

jaba hasta el río que atravesaba el campamento y se sentaba a escuchar los sonidos familiares y tranquilizadores del mundo acuático.

Precisamente, regresaba al campamento un poco más animado después de remojar en el Stefflod sus morenos pies a pesar del viento y la baja temperatura del agua, cuando una sombra pasó de largo como un rayo; corría con el cabello claro flotando al viento y se movía con la agilidad de un caballito del diablo, mucho más veloz que cualquier ser humano. Sólo tuvo un instante para seguir con la vista la forma huidiza antes de que otra silueta oscura apareciera detrás. Debía de tratarse de un pájaro grande que volaba a ras de suelo como si persiguiera a la primera.

Se quedó perplejo mirando las dos formas que se perdían colina arriba en dirección al centro del campamento del príncipe y tardó unos momentos en darse cuenta de quién era la sombra primera.

«¡La mujer sitha! —exclamó para sí—. ¿Perseguida por un halcón o un búho?».

No tenía sentido; aunque, por otra parte, tampoco comprendía a la propia mujer: Aditu, se llamaba. Jamás había visto a nadie semejante y además lo atemorizaba un poco. Pero... ¿qué era lo que la perseguía? Por la expresión de su cara habría dicho que huía de algo terrible.

«O se precipitaba hacia algo terrible», puntualizó; se le encogió el estómago. La sitha se dirigía hacia las tiendas.

«El Que Siempre Camina Sobre Arena —rezó, al tiempo que reemprendía la marcha—, protegedme; libradnos a todos del mal. —El corazón le latía desbocado, mucho más rápido que sus pies—. ¡Qué año tan funesto!».



Al llegar a las primeras tiendas, se tranquilizó un poco; todo estaba en calma, y algunas hogueras ardían aún. Pero la quietud era *excesiva*, se dijo al momento siguiente. A pesar de la hora tardía, faltaba mucho para la medianoche y debería haber habido gente por los alrededores, o, al menos, oírse ruido de los que todavía no se hubieran acostado. ¿Qué sucedía?

Había pasado ya un rato desde que había visto al pájaro en vuelo rasante y ahora estaba seguro de que se trataba de un búho; arrastrando una pierna y resollando, continuó hacia el punto por donde lo había visto desaparecer. La pierna herida no estaba acostumbrada a los esfuerzos y le ardía, le palpitaba, pero puso todo su empeño en olvidarse del dolor.

Calma, calma... aquello estaba tan quieto como una alberca estancada. Las tiendas se erguían oscuras y sin vida igual que las lápidas que los habitantes de las tierras secas colocaban en los campos donde enterraban a los muertos.

¡Por allí! Sintió un calambre en el estómago. ¡Algo se movía allí! No muy lejos, una tienda se sacudía como batida por el viento, y dentro se percibía una luz que proyectaba extrañas sombras móviles sobre las paredes.

Al mismo tiempo, notó un cosquilleo en la nariz, una especie de ardor impregnado de un olor dulce y almizclado. Estornudó con una convulsión y estuvo a punto de caer, pero se recuperó antes de tocar el suelo. Se lanzó hacia la tienda, que se agitaba entre luces y sombras como si un ser monstruoso estuviera naciendo en el interior. Trató de levantar la voz para advertir de su llegada y dar la alarma, pues sus temores iban en aumento, pero no logró articular sonido alguno; hasta el doloroso resuello de su respiración era apenas un débil suspiro.

La tienda permanecía en un silencio sospechoso; dominando su miedo, retiró la toldilla y se asomó.

Al principio no vio más que formas oscuras y luz brillante, casi una reproducción fiel de los juegos de sombras que

se percibían desde el exterior. Al cabo de unos instantes, las imágenes en movimiento comenzaron a perfilarse.

En el extremo opuesto de la tienda se encontraba Camaris, que debía de haber recibido un golpe porque sangraba por alguna parte de la cabeza y tenía la mejilla y el pelo teñidos de oscuro; se tambaleaba aturdido. Aun así, doblado y apoyado en la tela para no caer, resistía con la actitud fiera de un oso acosado por perros. No tenía espada pero blandía un madero en la mano y no dejaba de agitarlo adelante y atrás para mantener a raya a una sombra amenazadora y completamente negra, a excepción del destello blanco de las manos y de un objeto que refulgía entre ellas.

Un bulto aún más inidentificable pataleaba a los pies del anciano, aunque Tiamak creyó entrever otros brazos y piernas vestidos de negro y el nimbo claro del cabello de Aditu. Un tercer atacante con ropas igualmente oscuras se acurrucaba en una esquina defendiéndose de una sombra que se abatía y aleteaba.

Aterrorizado, quiso gritar para pedir ayuda pero no lo consiguió. A pesar de que los enfrentamientos parecían a vida o muerte, el reducido espacio permanecía en silencio; sólo se oían los escarceos sofocados de los combatientes del suelo y la febril agitación de alas.

«¿Por qué no oigo nada? —se preguntó desesperado—. ¿Por qué no puedo emitir ningún sonido?».

Miró al suelo con frenesí en busca de cualquier cosa que pudiera servirle de arma y maldijo el descuido de haber salido de la tienda que compartía con Strangyard sin su cuchillo. Sin cuchillo, sin honda, sin dardos..., ¡sin nada! La Que Espera Para Llevarnos A Todos había cantado esa noche, sin duda.

Algo enorme y blando lo golpeó en la cabeza y lo hizo caer de rodillas, pero cuando levantó la vista los combates continuaban igual, y ninguno cerca de él. El dolor lacerante de la cabeza era más insoportable aún que el de la pierna,

y el tufo dulzón se había intensificado hasta casi asfixiarlo. Mareado, se arrastró hacia adelante y su mano tropezó con algo duro: la espada del caballero, la negra *Espina*, envainada todavía. Sabía que pesaba demasiado para sus fuerzas, pero la sacó del revoltijo de ropas y mantas y se puso en pie, tan titubeante como Camaris. ¿Qué era lo que impregnaba el aire?

Inesperadamente, el arma se hizo ligera entre sus manos, a pesar de la voluminosa funda y del cinto que la sujetaba. La levantó, avanzó unos pasos y la descargó con toda su energía sobre lo que creía la cabeza del contrincante de Camaris. El impacto le hizo temblar el brazo, pero el atacante no cayó; en cambio, volvió despacio la cabeza, y dos ojos negros y brillantes lo miraron desde un rostro de palidez cadavérica. La garganta se le agitó en una convulsión; aunque hubiera tenido voz no habría logrado emitir un solo grito. Levantó los temblorosos brazos para asestar un segundo golpe, pero la blanca mano de aquel ser, rápida como la luz, lo tumbó de espaldas. La habitación desapareció a sus ojos en un remolino, y *Espina* salió volando de sus inertes dedos y fue a parar a la hierba que constituía el suelo de la tienda.

Tenía la cabeza pesada como una losa, aunque no notaba el martilleo de la contusión, y comprendió que perdía el sentido. Trató de levantarse de nuevo mas sólo consiguió ponerse de rodillas, y se quedó acurrucado, temblando como un perro enfermo.

No podía hablar pero, por desgracia, veía. Camaris se tambaleaba y movía la cabeza de un lado a otro, tan malherido, al parecer, como el propio Tiamak. El anciano intentaba mantener a su enemigo alejado el tiempo suficiente para agacharse a recoger algo del suelo: la espada, según comprendió, aturdido, el wran, la espada negra. Tanto los cuerpos oscuros y contorsionados de Aditu y su atacante, que se revolcaban por el suelo a sus pies, como su propio

contrincante, que no cejaba, impedían al caballero alcanzar el arma.

En la otra esquina, un objeto destelló en la mano de uno de aquellos seres pálidos, algo rojo como una media luna de fuego. El brillo escarlata se desplazó, raudo como una serpiente al ataque, y una nubecilla de copos oscuros estalló y cayó flotando lentamente. Tiamak reconoció lo que era cuando uno le cayó en la mano: plumas de búho.

«Auxilio. —La cabeza lo atormentaba como si lo hubieran apuñalado—. Necesitamos ayuda; moriremos si no nos socorre alguien».

Por fin, Camaris se agachó hasta casi caerse, recogió la espada y la levantó a tiempo para detener un golpe de su enemigo; ambos se movían en círculo, Camaris tambaleándose y el negro atacante con agilidad y cautela. Volvieron a enzarzarse y el caballero desvió una cuchillada, aunque la hoja le dejó un hilo de sangre en el brazo; con los ojos entrecerrados por el dolor o el agotamiento, retrocedió torpemente para tomar distancia y asestar un mandoble.

«Está herido —se dijo Tiamak con desesperación, el martilleo de la cabeza era cada vez más fuerte—, agonizando, tal vez. ¿Por qué no acude nadie?».

Se arrastró hacia el gran brasero de carbón, de donde provenía toda la luz. Estaba a punto de desvanecerse como las lámparas de Kwanitupul al amanecer, y sólo el débil rezo de una idea le bailaba en la mente, pero fue suficiente para levantar la mano hacia el brasero de hierro. Cuando sintió en los dedos el calor del objeto, vagamente, como un eco en la distancia, lo empujó. El brasero cayó y las ascuas se esparcieron como una catarata de rubíes.

Cuando se derrumbó con un estremecimiento, lo último que vio fue su propia mano ennegrecida y agarrotada como una araña y, detrás, un ejército de llamas diminutas que lamían los bajos de la tela de la tienda.



—No nos hacen maldita falta más preguntas —rugió Isgrimnur—. Tenemos tantas como para llenar tres vidas. ¡Lo que necesitamos son respuestas!

—Estoy de acuerdo con vos, duque Isgrimnur —replicó Binabik con un gesto de incomodidad—, pero las respuestas no son como las ovejas, que acuden cuando las llamas.

Josua suspiró y se apoyó en la lona de la tienda de Isgrimnur. Fuera, se levantó un poco de viento que gimió débilmente al vibrar en las cuerdas exteriores.

—Sé lo difícil que resulta, Binabik, pero Isgrimnur tiene razón: necesitamos respuestas. Lo que nos habéis contado sobre la Estrella del Conquistador no ha hecho sino arrojar más confusión. Necesitamos saber cómo se utilizan las tres grandes espadas. Lo único que la estrella nos indica, si es que habéis acertado, es que el tiempo de empuñarlas se nos escapa de las manos.

—Ése es el tema que más estudiamos, príncipe Josua —repuso el gnomo—, y creemos que tal vez pronto averigüemos algo, pues Strangyeard ha dado con ciertos datos que pueden ser de gran importancia.

—¿De qué se trata? —inquirió Josua, inclinándose hacia adelante—. Cualquier cosa, cualquier asomo nos daría ánimos.

—Yo no estoy tan seguro como Binabik, alteza, de que sea de utilidad —terció Strangyeard, que había permanecido en silencio, un tanto cohibido—. Encontré el primer indicio hace algún tiempo, cuando nos dirigíamos a Sesuad'ra.

—Strangyeard halló un pasaje escrito en el libro de Morgenes —añadió Binabik— sobre las tres espadas que tanto

nos conciernen.

—¿Y? —lo apremió Isgrimnur tamborileando con los dedos en su embarrada rodilla; le había llevado un buen rato asegurar las estacas de la tienda en el terreno suelto y blando.

—Lo que Morgenes parece sugerir —dijo el archivista— es que la peculiaridad de las tres espadas..., no; el poder, mejor dicho, consiste en que no pertenecen a Osten Ard. Cada una de ellas, en cierto modo, contraviene las leyes de Dios y de la naturaleza.

—¿En qué forma?

El príncipe escuchaba con gran atención; Isgrimnur corroboraba con tristeza que esa clase de especulaciones siempre interesaban más a Josua que los asuntos menos exóticos relacionados con el gobierno, como el precio del grano, los impuestos y las leyes de la propiedad privada.

—Geloë os lo explicaría mejor que yo —añadió Strangyear, vacilante—. Conoce mejor estas cuestiones.

—Ya debería estar aquí —comentó Binabik—; no sé si sería mejor esperarla.

—Contadme lo que podáis —le instó Josua—. El día ha sido muy largo y empiezo a notar el cansancio. Además, mi esposa no se encuentra bien y quiero estar a su lado.

—Naturalmente, príncipe Josua. Lo lamento, tenéis razón. —Strangyear reunió fuerzas—. Según Morgenes, las espadas tienen algo que no es de Osten Ard, que no pertenece a nuestra tierra. *Espina* fue forjada de una piedra que cayó del cielo. *Clavo Brillante*, la que antes se llamó *Minneyar*, fue fundida con el hierro de la quilla de la nave de Elvrit que arribó por mar desde el oeste, de tierras que nuestros barcos ya no encuentran. —Se aclaró la garganta—. Y *Dolor* contiene hierro y madera mágica de los sitha, dos componentes opuestos. La madera mágica, según palabras de Aditu, llegó a nosotros en forma de semillas, procedente del lugar que sus gentes llaman el Jardín. Ninguno de estos elementos debería estar aquí, ni deberían poderse

trabajar... a excepción, tal vez, del hierro puro de la quilla de Elvrit.

—Entonces, ¿cómo se hicieron las espadas? —preguntó Josua—. ¿O aún buscáis esa respuesta?

—Morgenes proporciona alguna pista —terció Binabik—, que también aparece en los pergaminos de Ooquek. Es algo llamado «Palabras Creadoras», una especie de conjuro mágico, podríamos decir, aunque los que dominan el Arte no pronuncian esas palabras.

—¿Palabras Creadoras? —repitió Isgrimnur con el entrecejo fruncido—. ¿Como unas simples palabras?

—Sí... y no —replicó Strangyeard, insatisfecho—. En realidad no estamos seguros. Sabemos que *Minneyar* fue hecha por los dwarrows, es decir, por los dverningos como vos los llamáis, duque Isgrimnur; y que Ineluki templó a *Dolor* en las forjas de los dwarrows bajo Asu'a. Sólo los dwarrows poseían la sabiduría necesaria para hacer cosas tan poderosas, aunque Ineluki la aprendió también. Es posible que intervinieran en la factura de *Espina* igualmente, o que sus conocimientos fueran utilizados de alguna manera. Sea como fuere, si supiéramos cómo se fundieron las espadas, cómo fueron dominadas las fuerzas que lo permitieron, tal vez aprenderíamos algo más sobre la forma en que deben utilizarse contra el Rey de la Tormenta.

—Ojalá hubiera interrogado más a fondo al conde Eolair cuando estaba aquí —se lamentó Josua—. Él conoció a los dwarrows.

—Sí, y le hablaron de su intervención en la forja de *Clavo Brillante* —añadió el padre Strangyeard—. Aunque también es posible que lo relevante para nuestros propósitos no sea la manera en que fueron creadas sino sólo el hecho de su existencia. Con todo, si en el futuro se nos presenta la oportunidad de enviar un mensaje a los dwarrows para que acudan a hablar con nosotros, yo tendría muchas preguntas que hacerles.

—Estos quehaceres os sientan bien, Strangyeard —comentó Josua observando al archivista con mirada apreciativa—. Siempre me pareció que se desperdiciaba vuestro talento desempolvando libros e investigando los puntos más oscuros del derecho canónico.

—Gracias, príncipe Josua —replicó sonrojado el monje—. Si hago algo de provecho es gracias a vuestra condescendencia.

—No obstante —prosiguió el príncipe sin dar importancia al halago—, a pesar de lo mucho que habéis conseguido con Binabik y los demás, todavía queda un gran trecho que cubrir. Nos mantenemos a flote sobre aguas profundas rogando por avistar tierra... —Hizo una pausa—. ¿Qué es ese alboroto?

Isgrimnur también lo había oído: un murmullo creciente que poco a poco se había superpuesto al rugido del viento.

—Parece una pelea —dijo, y se quedó un momento escuchando—. No, es algo más... Se oyen muchas voces. —Se levantó—. ¡Por el martillo de Dios! Espero que no haya estallado una rebelión. —Alcanzó a *Kvalnir* y se tranquilizó al notar la empuñadura en la mano—. Tenía la esperanza de pasar un día tranquilo antes de reemprender la marcha.

—No nos quedemos aquí sentados sin hacer nada —declaró Josua, ya puesto en pie.

Cuando Isgrimnur salió de la tienda, recorrió con la mirada el vasto campamento y al momento comprendió lo que sucedía.

—¡Fuego! —advirtió a voces a los demás, que ya salían detrás de él—. Al menos una tienda está en llamas, pero creo que se ha extendido a algunas más.

La gente corría apurada de un lado a otro como sombras, gritando y gesticulando. Los hombres arrastraban los cintos de las espadas y maldecían en la confusión; las madres sacaban a tirones de entre las sábanas a los asustados niños y los llevaban al aire libre. Todos los senderos hervían de gente, y la muchedumbre se agitaba despavorida. Is-